

Vínculos y comunicación entre talleres artísticos y maestros foráneos en la escultura renacentista andaluza

Rodríguez Bote, María Teresa

Universidad de Valladolid

Durante el siglo XVI, la escultura española, especialmente en Andalucía Occidental, se vio profundamente influida por la llegada de numerosos artistas del norte de Europa, principalmente de regiones como Flandes, Borgoña y Picardía. Este fenómeno migratorio, motivado en gran parte por razones económicas y estructura del mercado laboral tanto en las regiones de partida como de llegada, generó una red compleja de relaciones profesionales, familiares y sociales entre escultores foráneos y locales, que transformó el panorama artístico peninsular. El objetivo de este estudio es analizar la integración de estos artistas en la sociedad española, su organización en talleres, así como el establecimiento de vínculos entre sí y con comitentes civiles y eclesiásticos. Lejos de constituir una comunidad aislada, estos entalladores se integraron plenamente en la vida local, colaborando con artistas autóctonos y participando activamente en la vida económica y cultural de las ciudades donde se asentaron. La red de contactos se articuló en torno a figuras clave como Roque de Balduque y Nicolás de Lyon, cuyos talleres sevillanos se convirtieron en centros de formación y producción artística. Alrededor de estas citadas personalidades gravitaron numerosos imagineros, pintores, arquitectos y vidrieros, entre ellos Juan Bautista Vázquez el Viejo, Jorge Fernández Alemán, Esteban Jamete o Jerónimo Hernández, que colaboraron en proyectos comunes y compartieron aprendices, fiadores y comitentes. La colaboración entre artistas extranjeros y locales fue habitual, y muchos de los vínculos profesionales se reforzaron mediante lazos familiares o de amistad. Esta tela de araña se extendía más allá de Sevilla, hasta ciudades como Granada, Málaga, Cuenca o Jerez, y conectando a escultores con arquitectos, pintores y otros artesanos. Además, la movilidad fue constante, pues muchos de ellos trabajaron en distintos focos y fábricas andaluzas, castellanas; de hecho, su influjo se deja ver incluso en artistas activos en América, como es el caso de Diego Ortiz de Guzmán o Juan de Bruselas, si bien estos citados son de segunda generación, es decir, se inspiran o reciben formación a la sombra de un maestro europeo establecido en la ciudad del Betis. La gestión de los talleres implicaba una estructura compleja, con aprendices, oficiales, pintores y colaboradores externos, y requería una organización económica que en ocasiones incluía la exportación de obras a América. La producción escultórica se realizaba mayormente por encargo; así, en cuanto a la clientela, estos artistas trabajaron tanto para instituciones religiosas como para particulares de alto rango, como la reina Isabel, el conde de Ureña o Francisco de los Cobos, así como para cofradías, cabildos catedralicios y ayuntamientos. Además, algunos escultores diversificaron sus actividades, como los negocios inmobiliarios o la administración de una mina. La tupida red de contactos permitió la difusión de modelos estilísticos, técnicas y materiales, y favoreció la consolidación de un estilo renacentista propio en la escultura andaluza. En cualquier caso, el legado artístico que ha llegado a nuestros días es remarcable y su influencia perduró en generaciones posteriores. En conclusión, el estudio de estas redes internacionales revela la dimensión europea del arte renacentista y pone de manifiesto la importancia de la movilidad, la colaboración y la integración como motores del desarrollo artístico en la Edad Moderna.